

Com que molts lo tenen negre,
En poch s'hi veurí clar;
Y si ab una urna de vidre
Portessim lo seny guardat,
Tampoch veuriam grans cosas:
Pus ¡ molts tenen buit lo cap !

ISIDORO FRIAS.

SOBRE UNA BIBLIOTECA DE CIENCIA ESPAÑOLA

I

UNA de las necesidades más vivamente sentidas por todos los que siguen de cerca el movimiento intelectual moderno en España, y por cuya realización han batallado valerosamente distinguidos escritores, en quienes corren parejas el más acendrado amor patrio y el noble culto de la ciencia, es la de restaurar entre nosotros la tradición científica española, por medio del estudio asiduo de las obras de nuestros grandes pensadores. Y que esta empero es, hoy día, una de las más árduas, beneméritas y oportunas que pueden llevarse á cabo en España, se echa de ver, si se considera el exagerado amor que profesamos á todo lo que nos viene de allende los Pirineos, causa primaria del desvío y hasta desprecio, con que miramos lo mucho bueno y castizo que en nuestro suelo tenemos. Verdad es que la ciencia no tiene fronteras, y no es patrimonio exclusivo de un siglo ni de una nación determinados; pero no por eso hemos de desconocer, que cada pueblo, cada época y aun cada individuo tienen su carácter particular, que, cual sello indeleble, imprimen en las varias, múltiples y espontáneas manifestaciones de su genio. De no ser así, sería forzoso admitir que el mundo entero piensa por medio de un solo cerebro y trabaja con una sola mano.

Esto supuesto, si queremos que España recobre la independencia intelectual que disfrutó en tiempos mejores, cuando éramos árbitros del mundo é íbamos á la vanguardia de las naciones, en religión y cultura, en armas y en política, en artes é industrias, en letras y en ciencias, urge, de todo punto, despertar en nosotros el amortiguado amor patrio y la fé y la sabiduría de nuestros mayores, haciendo revivir nuestro espíritu nacional, hoy casi dormido, ya que tan abatidos estamos marchando á remolque de los demás pueblos. Urge también dar á España el lugar que le corresponde en la historia de la ciencia, ante los extranjeros que desconocen nuestras glorias, y ante muchos españoles, nacidos en España sin duda por equivocación, y que ya sea por

ignorancia, ó porque crean así darse tono, las niegan ó vilipendian, como si no fueran ellos los primeros interesados en enaltecerlas; y creen, á puño cerrado y con una candidez sin igual, que en esta tierra estábamos poco menos que á oscuras, hasta que algunos rayos de la ciencia moderna, salvando los Pirineos, vinieron á sacarnos de las tinieblas en que yacíamos sumidos, por obra y gracia de la Inquisición y de la *intransigencia clerical*.

Preciso es, pues, que estos señores sepan, que España ha sido en todos tiempos y sobre todo en aquellos siglos, por ellos tan motejados, una de las naciones donde han florecido con más vigor y lozanía las letras y las ciencias; y que los españoles, si deseamos colocarnos á la altura en que están otros pueblos respecto ó cultura intelectual, no necesitamos ir al extranjero á mendigar doctrinas exóticas, sino que nos basta volver los ojos á los grandes maestros que brillaron con vivísimo esplendor en todo linaje de disciplinas, en unos tiempos en que la íntima alianza que entre el Catolicismo y el ingenio español existía, no fué obstáculo para que éste se mostrara único en teología y mística, incomparable en literatura, de primer orden en filosofía y ciencias sociales, y no á la zaga de los demás pueblos en lo que á ciencias médicas, físicas y naturales se refiere.

Y á este propósito, bueno será hacer notar aquí, que uno de los caracteres más salientes y distintivos de la ciencia española, y que forma, por decirlo así, su espíritu, informándole en sus varias manifestaciones, es su conformidad con el Catolicismo, que cual savia vivificadora la nutre y vigoriza, haciéndola producir ubérrimos y sazonados frutos. El genio español es tan católico, (no sabemos si por naturaleza ó por gracia de Dios), que afortunadamente, las palabras católicas y español han venido á ser casi sinónimas en nuestra lengua y con dificultad se encontrarán en la historia intelectual de España, una docena de escritores de talla verdaderamente científicos, que no hayan sido, á la vez, profundamente católicos. Nuestra nación, á diferencia de otros países, puede vanagloriarse de que casi todos sus hombres de ciencia han sido, al mismo tiempo, hombres de fé; y tanto es así, que si algunos se han apartado de las vías católicas, lo han hecho con tan poca chispa, con tan mala suerte y dando tantos tumbos y tropezones, que al fin han venido á caer en los abismos del olvido, llevando tras sí las risas y el desprecio de los doctos y la execración de los buenos españoles. Si exceptuamos á Prisciliano, Arnaldo de Vilanova, los Valdés, al insigne Miguel Servet, (achicharrado en Ginebra por el *tolerante* Calvino), y otros pocos más, ¿donde están nuestros sabios hetero-

doxos? Y qué significan estos nombres, con ser algunos de ellos tan ilustres, al lado de los mil y mil que figuran en los anales de la ciencia católico-española?

Pero, antes de pasar adelante, planteemos la cuestión en sus precisos términos. ¿Hay realmente *ciencia española*? No es acaso un mito forjado en la imaginación de algunos escritores, tal vez demasiado patrióticos? Dónde están nuestros sabios? Por ventura el desarrollo científico de España ha sido nunca tan grande como su florecimiento literario? Preguntas son estas, á las cuales no somos nosotros quienes debemos contestar. La opinión de que España ofrece en sus anales una cadena no interrumpida de escritores científicos, que principia en Séneca y sigue hasta nuestros días, no es una creencia particular nuestra. Graner y autorizados autores pertenecientes á diversas escuelas, partidos y banderías han proclamado la existencia de un verdadero organismo científico en España, y no son pocos los extranjeros que han ensalzado hasta las nubes, el mérito de nuestros antiguos sabios. Los nombres de Mayans, Andrés, Lampillas, Cerdá, Forner, Feijóo, Balmes, Martí de Eixalá, Suarez Bárcena, Sanchez Ruano, Cuevas, Ildefonso Martinez, Roselló, Lopez Prara, Martín Mateos, Patricio Azcárate, Rios Portilla, Arnau, Vidart, Adolfo de Castro, Canalejas, Pidal, el P. Ceferino, Valera, Campoamor y sobre todos Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo, entre las nacionales; y entre los extranjeros, Munk, Frank, Renan, Rousselot, Mackintosh, Lessing, Hamilton y el gran Leibnitz, son bastante garantía para no ser tachada de temeraria la defensa de la ciencia española. Por qué, pues, se pone en tela de juicio, aun por personas ilustradas, la existencia de la patria sabiduría? Cómo no se citan y encomian nuestros sabios á la par que nuestros escritores nuevamente literarios? La respuesta es bien sencilla: se nos niegan escritores científicos porque no se conocen, ni se estudian sus libros.

Y á la verdad: nadie duda que nuestros ascéticos sean los primeros del mundo, incluso los tan ponderados místicos alemanes; todos están contestes en afirmar que nuestro teatro nacional es único en su género, y el más original, rico y fecundo que han visto los siglos; que nuestros escritores festivos son inimitables y sin rival; que nuestros historiadores en nada desmerecen de los de Grecia y Roma y que nuestros poetas, tan numerosos como eminentes, pueden ponerse al lado de los mejores de la antigüedad clásica y de los de todos tiempos; y en fin, todos reconocen á porfía que nuestra literatura, riquísima y exuberante, es superior en su conjunto á todas las literaturas modernas. Lo que pocos saben y la mayor

parte ignoran es que hayamos tenido sabios. Pues bien: lo forzoso es demostrar á nacionales y extranjeros, que España tiene una historia científica, tal vez tan gloriosa como su historia literaria; que el pueblo español, tan calumniado como poco conocido, sabe algo más que acuchillar moros, tostar herejes, descabellar toros, rezar el rosario, escribir romances y seguidillas, leer libros de devoción ó de caballería, abrir monasterios, pelar la pava, bailar la jota, tocar el pandero y cantar malagueñas; y que si España fué un tiempo grande por sus gloriosos santos, reyes insignes, invencibles capitanes, navegantes intrépidos, hábiles diplomáticos, artistas inspirados y gallardos escritores, no lo fué menos por sus teólogos, filósofos, moralistas, escriturarios, jurisprudentes, filólogos, humanistas, médicos y hasta matemáticos, físicos y naturalistas.

Continuaremos en sucesivos artículos.

JOAQUÍN BORRÁS DE MARCH.

EL BIEN PERDIDO

FUÉ un artista renombrado,
Y hoy en mísero hospital,
Pobre, ciego, abandonado,
Parece un roble tronchado
Por el fiero vendabal.

Parece un muerto vestido;
Inspira terror su téz,
La luz y el habla ha perdido,
Y tan solo ha recogido,
Para su mal, la vejéz.

De repente el dulce acento
Escucha de una canción
Henchida de sentimiento,
Y se desborda el contento
En su triste corazón.

Se trasforma en un instante,
Se agita todo su sér,
Sonríe con lábio amante,
Y salpican su semblante
Dos lágrimas de plácér.

Que aquel amoroso canto,
Que oye al pié del ataud,
Es un himno, ardiente y santo,
Que encierra todo el encanto
De su hermosa juventud.

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.